

terío, la prosa. Con ser poesía la mirada del hombre sobre la tierra, no hay actor que hable en poesía, sin saberlo. Y es que para cantar lo que en verdad es el mundo hay que tener valor para pensar lo que ni en broma nos atrevemos luego a decir.

Poesía es la palabra. Fundación por la palabra y en la palabra, dice Heidegger. La palabra, que, emitida, vuela y, cubriéndose de aire y de lumbre, se encumbra a quien la lanza, en grato recuerdo horaciano. Poesía es la palabra, en la que descansa lo eterno para permanecer, en la que huye lo caduco para seguir siendo caduco, que es su oportuna eternidad, y en la que ensaya el hombre la fidelidad con el hombre y con las cosas que, sin ser humanas, del hombre participan por el lenguaje.

¡Qué ligeras y fatuas tantas definiciones de poesía! Enojosas. Tan esencial es la poesía en el mundo de Dios, que hasta los diablos la intentan. Cada siglo se cree obligado a contar sus poetas, en cada región se enumeran algunos, cada pueblo se enorgullece con varios, cada barrio siempre cree tener uno. Sin lo que no podemos vivir lo inventamos. Pero sin percatarnos que lo descubierto no es lo cubierto, que encubierto sigue, sino la desazón de nuestra exigencia. Poesía, pensar alto, sentir hondo y hablar claro (Ros de Olano); poesía, tú, que, clavadas las pupilas, en las tuyas las mías, me lo preguntas (Bécquer); poesía, alquimia de la virtud, que al saberla tratar se vuelve en oro purísimo de estimable precio (Cervantes); poesía, una naturaleza madura, una razón madura (Goethe); poesía, arte de la realización de la belleza por medio de la palabra (los tratadistas); poesía, fingimiento de cosas útiles, cubiertas e veladas con muy hermosa cobertura, distinguidas e scandidas, por cierto cuento, peso e medida (Marqués de Santillana); poesía, una historia fingida o fá-

